



AÑO XI

HABANA 29 DE SEPTIEMBRE DE 1895

NUM. 34

EL FÍGARO

Periódico Literario y Artístico

HEMEROTECA
RESERVA



Altar é imagen de Nuestra Señora de la Merced, en la iglesia de su nombre, el día 24 de Septiembre, celebración de su patrona.

218

Lo que pudo ser

Lo pasado, pasado, dicen muchos. ¿Quién rectifica la historia? añaden otros. Éstos, por decontado, creen en la historia. Los que, como yo, piensan que la historia no es sino una mitología disfrazada, más prosaica y vulgar que la mitología pura, no dudan de que se pueda rectificar lo que se llama historia. Por supuesto que hablo de las narraciones escritas que ostentan ese pomposo nombre. Demasiado sé, y sabemos, que no es posible remontar la tremenda corriente de los sucesos, y que lo que fué, fué, sin remisión ni enmienda.

Quizás para consolarse de ese triste convencimiento hay imaginativos que se entretienen en rectificar la historia á su capricho. Es decir, que no son de los que se divierten con la ilusión de que es posible depurar los hechos pasados, por medio de la crítica, más ó menos sabia, de los textos y documentos; sino que, arremetiendo más bravamente con la realidad, ó lo que se tiene por tal, suponen que las cosas pudieron pasar de distinta manera de como pasaron, y se dan á idear cuáles pudieron haber sido las consecuencias.

Es un entretenimiento tan inofensivo como el de jugar al solo. Buen tiempo hace que se planteó el problema: ¿Qué hubiera sido del mundo si Cleopatra hubiese tenido la nariz roma? Y no ha faltado en nuestra época un filósofo eminente que ha escrito un libro entero, muy curioso y entretenido, en que ha trazado el cuadro del mundo occidental, no tal como fué, sino como pudo haber sido si el pequeño Octavio no llega á vencer al gran Antonio.

Ya hoy tenemos quien vaya más lejos, y, aliando la ciencia á la fantasía, nos haga ver, por dos más dos, cómo pudieron y quizás cómo debieron pasar ciertas cosas, que ocurrieron ¡ay! de muy distinta manera.

Una revista alemana, sabia por de contado, y que se llama *Die Kritik*, acaba de probar, con todas las reglas de la estrategia en la mano, que Bazaine no debió ser derrotado el 16 de Agosto. He dicho reglas, porque no soy fuerte, ni débil tampoco, en estas materias. Quizás serán leyes. De todos modos resulta ahora, para consuelo póstumo de los franceses y sus amigos de ambos mundos, que los alemanes cometieron una serie de errores espantables, que se precipitaron de cabeza en un abismo, que se ofrecieron como bisoños, no, como ovejas sin rabadán, á la carnicería que pudieron haber hecho en ellos sus enemigos, y que debieron ser infaliblemente derrotados. Tan infaliblemente que salieron vencedores; pero eso no importa. Es claro que si Cleopatra hubiera sido chata y el flaco de Antonio hubieran sido las narices aguileñas, este gran general no pierde la batalla de Ac-

cium y los destinos del mundo hubieran, infaliblemente también, girado sobre otro eje.

No hay más que oír al crítico de Moltke, al señor Karl Bleibtreu, para quedar uno convencido de que el estrategista alemán ignoraba lo que se traía entre manos, y de que la destrucción de los ejércitos invasores, en aquella memorable jornada, era tan inevitable como el desprendimiento de un alud, cuando cede el obstáculo que demoraba su caída, si el general en jefe de las fuerzas francesas hubiera sido Herr Bleibtreu.

Pongamos atención un momento: «Si Frossard se hubiera precipitado á tiempo sobre las columnas comprometidas en los caminos estrechos del barranco de Gorze, se hubiera evitado una gran batalla, á menos que las cosas no hubieran tomado un giro completamente distinto del que tomaron. Bazaine, cerca de Frossard, desde Rezonville á Bruville, en el camino de Etain, tenía consigo la caballería y cinco divisiones, ó sea cincuenta mil hombres; Canrobert lo seguía de cerca, más allá de Gravelotte, con treinta mil. Los setenta mil de Lebœuf y de Ladmirault podían entrar en línea al mediodía. Y, á la verdad, todo esto sucedió, y Bazaine tuvo la oportunidad única, inaudita, en la historia militar, de tener delante, con sus quince divisiones, justamente y por todo, diez brigadas alemanas... Jamás, en absoluto, se presentó á ningún general en jefe más bella ocasión de castigar las aventuras llamadas de concentración parcial y de inculcar brutalmente al adversario imprudente la lección del agrupamiento metódico. La derrota de los alemanes, el 16, era tan inevitable, el error del loco desarrollo de las líneas alemanas saltaba de tal modo á los ojos, etcétera, etcétera.»

¿No lo ve el lector? La derrota era inevitable. Si Cleopatra hubiera sido roma... Si Frossard se hubiera precipitado á tiempo... Si Bazaine hubiera cogido por el copete la bella ocasión que le presentó el aturdimiento de Moltke, empeñado en las aventuras de la concentración parcial... Si Karl Bleibtreu hubiera nacido antes y hubiera nacido francés y hubiera mandado los ejércitos franceses...

Pero nada de esto llegó á ocurrir, y la derrota inevitable se evitó. No hay mal ninguno en seguir acumulando las posibilidades. La imaginación es muy fértil. Y los que encuentren agradable leer la historia como pudo haber sido, ó, según la ciencia militar de Bleibtreu, como debió haber sido, deben desear que el sabio escritor alemán continúe sus lucubraciones y después que forme escuela.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

En la Mazmorra.

Para EL FIGARO.

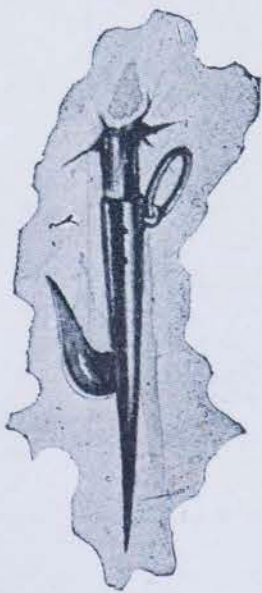
Entre la lobreguez de mi destino,
cambian y mezclan las canciones mías
de Juliano las foscas herejías
con la plácida unción de Constantino.....

Para aclarar la vista no adivino
el mejor medio en mis oscuros días:
si la oración ferviente de Tobías
ó la brutal lanzada de Longino.....!

Alternado el dolor blasfema y ora...
Ora y blasfema el infeliz cautivo
en sus noches de duda sin aurora;
y así de una sonrisa con la raya
tarjo la fe que salta como el vivo
pez que un tumbo arrojó sobre la playa.....

JOSÉ CHOCANO.

Callao, subterráneo del Castillo, 94.



En un álbum

La melodía de tu voz es tanta,
que á todos los espíritus conmueve:
no existe un corazón al que no lleve
el eco fiel de una memoria santa.

Las notas al brotar de tu garganta
hacen que el tiempo nos parezca breve,
y escuchando tu voz nadie se atreve
á dudar que es un pájaro el que canta.

Tu voz es como un ave que alza el vuelo
y después de vagar por la floresta
desaparece en la región del cielo.

Tu voz es de los ángeles la orquesta;
si ella enmudece en la aridez del suelo
morir tan sólo al corazón le resta.

Spbre, 95.

B. BYRNE

LA CATASTROFE DEL SANCHEZ BARCAIZTEGUI

Con los grabados que publicamos en el presente número y que verán nuestros lectores en otras páginas, completamos en todo lo que ha sido posible, la información ilustrada de la memorable catástrofe del 18 de Septiembre.

Nuestros lectores podrán apreciar los esfuerzos de todo género que venimos realizando por ofrecerles en estas páginas cuanto pueda interesarles, escogiendo siempre los asuntos que tengan una interesante actualidad.

Debemos dar las más expresivas gracias á las fotografías de los Sres. Otero y Colominas, J. A. Suárez y al señor Gómez Carrera, por la eficacia con que en esta ocasión, lo mismo que en todas las que hemos solicitado su concurso, han coadyuvado al éxito de *El Figaro*.

En la impreta *El Figaro* acaba de imprimirse un elegante folleto de más de cuarenta páginas, que contiene una relación circunstanciada de la catástrofe, con gran acopio de datos resumiendo y ampliando cuanto ha publicado la prensa de la Habana sobre el particular.

Dicho folleto aparece ilustrado con once fotograbados muy artísticos y se vende en estas oficinas y en la librería "La Moderna Poesía," Obispo 135, á 20 cts. el ejemplar.

En el interior de la Isla cuesta 25 cts. y los pedidos pueden hacerse á los Sres. Agentes de *El Figaro* en cada localidad, ó bien remitiendo el importe en sellos de Correos al Apartado número 369.

Periodistas en campaña

JUAN JOSE CAÑARTE



NAUGURAMOS esta sección—que ha de ser, sin duda, del agrado de nuestros lectores—con el retrato del infatigable periodista Juan José Cañarte, uno de los más populares *reporters* cubanos.

Cañarte es literato y periodista, á la par, hombre de mundo y político sincero y práctico. Él comprende á Bourget acaso con la más sutil penetración del más refinado y terrígeno de los parisienses, y escribe correspondencias periodísticas en que campean tino, interés y amenidad. Su estilo desigual y desaliñado á veces, siempre resulta, sin embargo, sencillo, abundante y animado.

Entre los muchos episodios de la vida periodística de Cañarte es de citarse el de su prisión por los insurrectos en el campamento de «San Jorge», donde á la sazón mandaba el cabecilla Goulet. Este hecho, acaecido en el mes de Junio último, ha sido referido por el mismo Cañarte, en una de sus correspondencias á *La Lucha*, con el color y tono propios de la verdad sentida y palpada.

El FIGARO saluda al distinguido compañero y le envía el testimonio de su aprecio. ¿No es digno de admirarse un escritor que no se rinde, que no se fatiga nunca, que hace jornadas larguísimas á pie, á caballo, en carreta, sin que el cansancio lo amilane? En Cañarte hay que admirar no sólo al periodista notable, sino á la naturaleza de hierro.



LA CASITA ALEGRE



E su agujero, muy oscuro, salió un día la Muerte. —¿A dónde irá la implacable?, se dijo al verla pasar, frente á su mansión de luz, la noble Piedad. —Y con la inquietud que se apodera del bueno ante el presentimiento de que algo malo se vá á realizar, la Piedad se fué detrás de la siniestra aparición. —¿Qué contraste ofrecían la vieja negra, envuelta en sombras, y la dulce deidad, cruzada de brillantes rayos!

Cuando la hubo alcanzado, dijole: —«Muerte, ¿á quién vas á matar ahora?» —Todavía no lo sé. Voy en busca de mis predilectos. Si quieres, acompáñame, y verás que no destruyo vidas al capricho, sino que elijo cuidadosamente gente buena».

—La Piedad se estremeció. —¿Qué entendería la Muerte por gente buena?

—Dicho esto, continuaron las dos su marcha invisible por el mundo. A cada momento la Muerte dirigía miradas oblicuas á la Piedad, como burlándose de ella y de su impotencia para consolar á los hombres, en su miseria irreparable.

De súbito, un vasto edificio surgió ante las dos. Era un manicomio.

«Muerte» —dijo la Piedad— ahí tienes seres desgraciadísimos. Ahí hay centenares de infelices, en plena inconsciencia. Yá no son racionales. De esta triste mansión no salen sonidos articulados, sino gritos espantosos. Los unos son locos de atar, los otros idiotas incurables».

La Muerte meneó la cabeza. «Esta gente no es buena», exclamó. Sigamos.»

—Llegaron á un hospital de leprosos. ¡Desventurados!, dijo la Piedad. ¡Qué horrible situación la de esos enfermos! Se van pudriendo en vida. No están muertos, y para ellos ha empezado yá la descomposición orgánica, la putrefacción. Están infestados, y envenenan el aire que los demás respiran.»

—«Esta gente no es buena», —repitió la Muerte. Continuemos nuestra marcha».

—«Llegaron á un edificio, construido todo de piedra é hierro. Era un presidio.

—«Ahí tienes, exclamó la Piedad, todas las variantes del crimen, hecho carne y hueso. En esos presos se ha encarnado la maldad humana. No hay infracción que no tenga representantes dentro de esta penitenciaría. Asesinos, ladrones, violadores, incendiarios, falsificadores. Esa es la escoria social. Si se desbordara, todo lo ahogaría bajo su ola de cieno.»

Por tercera vez dijo la Muerte: «Esta gente no es buena. Yo no gozo matando locos, leprosos ni bandidos».

—«¿A quién quieres matar, pues?» —preguntó ansiosamente la Piedad.

—Yo quiero matar á gente que ame y sea amada, porque son los únicos dichosos. ¿No dijo el Cristo, en el más admirable de

sus sermones, que son bienaventurados los que aman?» —«Adelante».

—La Piedad se estremeció por segunda vez.

—Siguiéron la ruta, y en un punto se detuvo la Muerte. Puso su mano helada y rígida sobre la Piedad, y le señaló una casita que había en el camino. Era un albergue muy modesto. La luz del sol la iluminaba por todas partes. La bañaban las brisas. La perfumaba un jardincito, atendido con esmero. La embellecían dos criaturas; una niña, muy blanca, de ojos color de cielo, de cabellos color de oro. Ella estaba sentada en las piernas de una joven, casi niña, morena, de ojos brillantes, de cabellos negros. ¡Qué contentas estaban las dos! —La niña reía á carcajadas. La joven no cesaba de sonreír. Las dos cantaban al mismo tiempo. De cuando en cuando se bajaba la niña, y de improviso se subía de nuevo sobre las piernas de la joven, y la besaba en los labios. Las dos vestían siempre del mismo color. Preferían el blanco y el rosado. Sus trajes eran muy sencillos y bonitos. La familia de ambas niñas se recreaba en ellas, y las cuidaba y contemplaba con ternura indecible. Ellas eran el encanto de los suyos. Ellas embellecían todo aquel lugar. Regaban sus arbolitos. Echaban agua y alpiste á los dos pajaritos que tenían; un húngaro, regalo de una amiga y un canario, regalo de un amigo. —¡Qué tranquila, cuán apacible la casita aquella! ¡Qué atmósfera de paz y de contento se respiraba allí! —Ni ambición de honores, ni ambición de riquezas, ni ambición de placeres. ¡Cuán alegre la casita!

La muerte miró fijamente aquel cuadro pacífico y bello. De pronto se volvió hacia la Piedad, que lo contemplaba con amor, y le dijo:

—«Voy á concluir con tanta felicidad. Aquí encuentro lo que buscaba. Esta es la gente buena que me gusta.»

En vano suplicó la Piedad, en vano lloró, en vano deploró su impotencia para desarmar el odio de la incansable destructora. Como el rayo, cayó la Muerte sobre la casita alegre, y se llevó á la niña, desolando á los que la amaban. La ausencia de la niña entristeció la casita, pero todavía había en ella sonrisas placenteras. Pasó algún tiempo, muy poco. Un día apareció inesperadamente la Muerte y se llevó á la joven, acabando con la casita alegre.

Y como la Piedad tuviese la visión de más serenas regiones dormaban contentas, muy unidas y abrazadas, el alma de la niña y el alma de la joven, la Muerte le dijo con su palabra de hielo:

—«Bueno, que sean felices allá arriba, ¡qué me importa! —Mi reino es de este mundo. He destruido la casita alegre. He desgarrado corazones que amaban y que siempre recordarán con dolor, con melancolía profunda, á la niña blanca de cabellos de oro y á la joven morena de cabellos negros».

GASTÓN MORA.

Septiembre de 1895.

Al pie del Coco

El cubano que viaja, es un mendigo
¡En mi patria está Dios, y está conmigo!

F. L. de Briñas (padre) 1874.

I

Solitario en la sabana
que el sol de Agosto caldea;
verde abanico, que ondea
y refresca la mañana,
luce su corona indiana
el altivo cocotero;
y es, en medio del potrero,
para el pobre campesino,
indicador del camino
y generoso hostelero.

II

Allí, sin que nadie inquiete
aquella calma serena
y tras la ruda faena
del arado y del machete,
llega el cansado ginete:
se desmonta, de sed loco,
y subiendo poco á poco
con el *trepe* de majagua,
tumba el fruto, y bebe el agua
deliciosa, al pie del coco.

III

El domingo, ese gran día
de embullo, solaz y fiesta,
bajan al pueblo, á la siesta,
de toda la *sitiería*;
en la tienda que les *fla*
el rancho de la semana,
con atracción soberana
el tiple y el acordeón
los llaman con el *danzón*
y la *décima* cubana.

IV

De la *valla* el vocerío,
ciega al montuno vicioso:
vá á la taberna el ocioso,
y otros á bañarse al río;
pero el que, en un amorío
que sus sentidos embebe
quiere que su amor se pruebe,
invita á su dulce hermosa
á tomar agua sabrosa
que al pie del coco se bebe.

V

Y entonces..... ¡cómo se ablanda
el desdén, del dueño amado!
¡Cómo el galán despreciado,
en sus méritos se agranda!
Se organiza la parranda.....
que va el corro en son de guerra,
—Y al pie del árbol que encierra
el triunfo de sus amores.....
canta..... «y no debe favores
á ninguna extraña tierra».

F. L. DE BRIÑAS. (hijo) 1895.



CHISMES MADRILEÑOS

NA nota curiosísima hay en el testamento que deja Ruiz Zorrilla, la nota referente á su petaca de oro repujado.

Esta petaca la heredó D. Manuel del célebre Olózaga, quien le daba con ella más que una prueba de afecto personal «una muestra de confianza del partido». Ahora Ruiz Zorrilla siguiendo el ejemplo del gran patricio la cedió al famoso Dr. Esquerdo, á quien juzgara el hombre de más mérito, al más digno

de tomar posesión de aquella prenda, *símbolo de la jefatura y del Gobierno*.

Pero el Dr. Esquerdo no contaba con la huésped y aquí la huésped era el Sr. Muro que pretende reunir los títulos suficientes para ser dueño de la zarandeada petaca.

Unos dicen que Muro y otros que el Dr. Esquerdo es quien debe tomarla.

El Sr. Cánovas, que no está contento si no mete la cuchara en todos los asuntos, amenaza á los reñidores petaqueros con quitarles *el símbolo*.

Y don Práxedes Sagasta, el de la sonrisa mefistofélica ve de reojo el lío que se está armando, se rasca la barba y dice para su gorro, sayo y capote:—Aquí va á haber bronca y gorda. Pero á río revuelto.....la Presidencia del Consejo de Ministros.

* *

«Triguito» . . .

Ustedes no saben quién es Triguito. De fijo, no lo saben; pero yo voy á presentarlo á ustedes por medio de un rasgo que lo pinta de cuerpo entero.

Triguito es un «flamenco» que el año pasado vino á *Madrid*, desde Málaga, con las muy buenas intenciones de ser émulo del Guerra. Pero en la torería hay también *envidias y preferencias*—como él dice—y á Triguito no le dieron la alternativa; pero *fué* y se casó con una gitanilla de las que quitan *el sentío*, y al día siguiente de la boda decidió pasar la luna de miel en el campo; y apenas empezó la alegre merienda de los novios, apareció, á no muy honesta distancia un berrendo en negro, de ocho años, con su par de alfileres muy puestos y conociendo á Triguito en el empaque, se le echó encima para darle juego; pero el arrojadísimo torero pensó que una cosa era en el campo y otra en la plaza y tomó por atsalo un árbol que buscó en un decir «amén», mientras la novia era alcanzada y volteada por el cornúpeto.

Ella gritaba pidiendo socorro, y en medio de sus angustias se le oía exclamar:

—¡Triguito de mi alma! ven, bájate del árbol! *Mia* que matan á tu esposa . . . *Mia* que el toro! . . .

—Pues *chica*—contestó el otro de arriba—arréglate como *pucas*. A mí no me han *dao entovía* la alternativa. Anda y dícelo al Guerrita . . . que me dé la alternativa y entonces . . . será otra cosa.

* *

Es propietario, rico, vive en grande, se llama ó lo llaman don José Soler y Moltó; viste como un Brummel y gasta como un Moruz; pero es un ladrón, un carterista empedernido, un ratero descubierto por la policía secreta de Madrid.

El último robo, en el que lo pillaron, lo hizo en la estación de Aranjuez. La *victima* se acercó al despacho de billetes; D. José se acercó también y mientras el primero pagaba, el segundo sustraía la cartera . . . D. José se separó del despacho fumándose un habano tranquilamente; pero tranquilamente el jefe de la policía lo siguió, lo invitó á entrar en sus propia carroza, y le dijo, ofreciéndole una cerilla:

—Don José, vamos á dar un paseo.

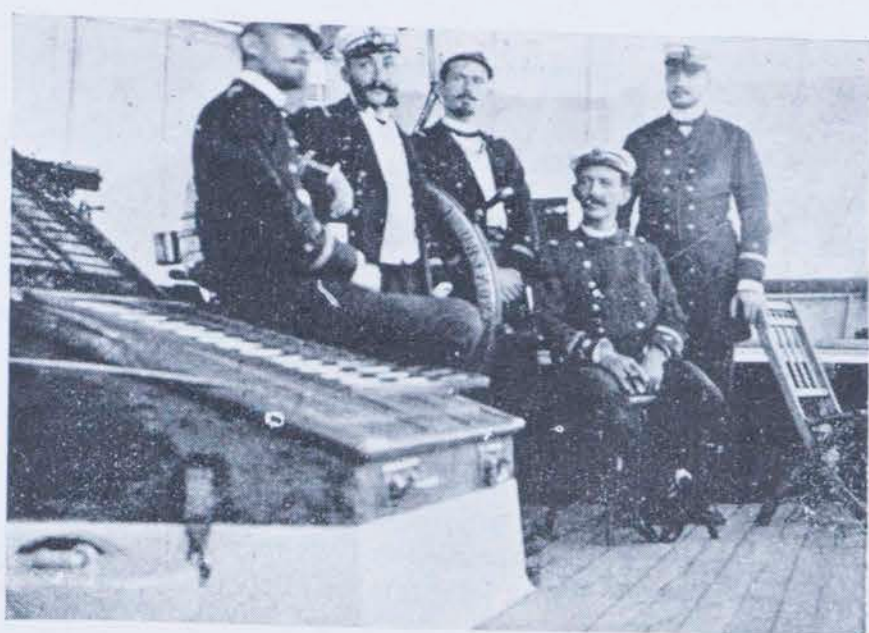
—¿Por dónde?...

—Por la Cárcel Modelo, don José....

Madrid, 1895.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

La catástrofe del "Sánchez Barcáiztegui"



El Capitán de fragata Sr. Ibáñez y oficiales de á bordo.
(Fotografía tomada cuando el Sr. Ibáñez mandaba el cañonero *Concha*).

La comedia política

DECÍA que he recibido cartas de Madrid acerca de lo que se hará en Cuba cuando venga la paz . . . Pero, no; tengo que comenzar hoy por hablar de la llave.

Hasta ahora, *La Llave* más conocida aquí era una marca de Ginebra, rival de *La Campana*. La nueva llave es la que se le quiere echar á los separatistas presentados—ó hechos prisioneros—para que no vuelvan al campo.

Y, por extensión, esto de «echar la llave» ha llegado á ser la fórmula de toda una política. La llave nos divide hoy en Cuba más que la asimilación, la autonomía y el régimen crepuscular Maura—Abarzuza.

Unos quieren la puerta cerrada; otros, abierta; otros, entornada.

De estos últimos es el general Martínez Campos; porque hay que consignar que los sujetos que no aprueban la noble—y hábil—conducta del gran soldado, dan á entender que él ha suprimido todas las cerraduras. No hay tal. Hay prisioneros puestos en libertad; los hay que van á la cárcel; los hay que son deportados; y á Mujica se le fusiló.

El general sabe lo que se hace; y si de la tarea en que está empeñado no entiende él ¿quién va á entender en los dominios españoles?

Se cuenta que algunos enemigos del general Grant hablaban mal de éste al Presidente Lincoln.

—Da malos ejemplos al ejército—decían—abusa de la bebida.

—¿Y qué bebe?—preguntó Lincoln.

—Whiskey.

—Pues hay que averiguar cuál es su marca favorita. De esa mandaremos barriles á los demás generales . . . á ver si ganan batallas como Mr. Grant.

Martínez Campos acabó la otra guerra sin echar la llave. Sus antecesores llevaban siempre encima candados, cerrojos, etcétera, etc. ¿De qué les sirvió tanta ferretería?

Yo creo que en las guerras civiles los buenos procederes desmoralizan al insurrecto; y hasta en las guerras extranjeras están bien.

Ahora publican los franceses los relatos de las violencias cometidas por los alemanes en 1870-71; pero ninguna achacan al Príncipe Real de Prusia, al que luego fué Federico III, hombre justo y compasivo. No toleraba los excesos, y donde él mandaba sólo se exigía á las poblaciones lo necesario para aprovisionar á las tropas.

Pasó aquella guerra; y, después, quien haya leído libros ó periódicos franceses, no habrá, de seguro, visto más que palabras de consideración para el hijo de Guillermo I.

Sobre su muerte lo mejor que se escribió, fué una página maestra del vizconde de Vogüé.

Me figuro que si algún día los franceses entran en Berlín, bajarán espadas é inclinarán banderas cuando pasen frente al sepulcro de Federico III el Noble.

Escipión . . .

—¿Cómo!—reclamará el lector—¿Nos va usted á hablar á estas alturas, de Escipión?

¿Por qué nó? Si es de casa . . . ! ¿No fué el que conquistó á España, tanto por sus virtudes como por la fuerza de las armas? La Historia dice que al genio militar unía la humanidad, la templanza y el desinterés.

Leed esto, vosotros, los que queréis echar la llave.

Cuando Escipión tomó á Cartagena, encontró, entre los rehe-

nes, una joven española de gran familia y de gran belleza. Los soldados se la llevaron para que la hiciese su esclava.

Enterado de que era la prometida de un príncipe celtibero, llamado Alurio, mandó á buscar á éste y le dijo:

—Tu novia está entre nosotros, como podría estar en casa de sus padres. Ahí la tienes. La única gratitud que te exijo es que seas amigo del pueblo romano.

Los padres de la joven entregaron á Escipión, como rescate de ella, una fuerte suma de dinero. El Africano la aceptó y dándosela á Alurio, le dijo:

—Agrega esto á la dote de tu novia. Es mi regalo de boda.

Nueva reclamación de los echadores de llave:

—Pero ¿qué nos cuenta usted ahí? ¿Si ese es el conocidísimo episodio de *La continencia de Escipión*?

—Cierto; pero nunca será viejo. Hay en él bondad y belleza; la belleza antigua, que nosotros no imitamos, porque somos menos teatrales.

Pero la bondad, no falta quien la imite. El general Martínez Campos no es artista como Escipión; pero es bueno como él.

Sé que, hace pocas semanas, en Manzanillo, por ser los días de no recuerdo qué regia persona, fué á la cárcel y puso en libertad á todos los reos políticos que allí había; menos á uno, procesado por incendiario.

Y les dirigió unas cuantas palabras sencillas, que los hicieron llorar. Entre ellos había un anciano de larga perilla blanca.

—Viejo—le dijo el general—pasando de lo serio á lo festivo. ¿Cómo con tantos años tiene usted ganas de pelear? Eso es bueno para mí, porque es mi oficio.

Y, despidiéndose de todos, agregó:

—Conque, ya lo saben . . . ¡en libertad! Y si se vuelven á la manigua, allá nos encontraremos.

Esto me lo ha contado un amigo mío que no es separatista, ni siquiera autonomista, ni aun liberal; pero que, como dicen en España, ve «lo que se trae» el general Martínez Campos y asegura que el echar la llave sería la mayor de las tonterías.

Hay cabecillas separatistas que tampoco la quieren echar.

Por ejemplo: Polo Dita, el de Villalón. En los periódicos se ha publicado que, días atrás, obligó á un italiano, afilador, á que sacase filo á todos los machetes de la partida.

Le dió á entender que, cuando acabase, en su cuello se probarían los machetes.

Y, llegado el momento terrible—aquí lo de *terrible momento*! está tan indicado como en la ópera—y cuando el italiano se encomendaba á San Benito de Palermo, á San Francisco de Asís y á otros santos de su tierra, Polo Dita le dió . . . dos pesos plata.

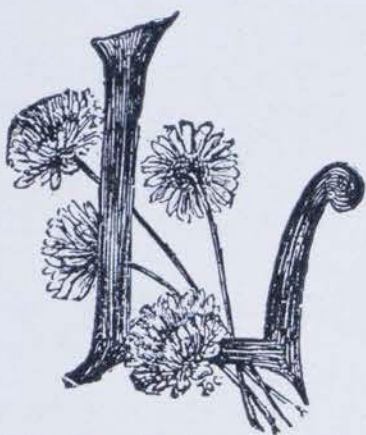
No sé si Polo Dita tendrá la continencia de Escipión; pero un hombre que en plena guerra civil y colonial, paga sus cuentas, no carece de virtud.

ANTONIO ESCOBAR.



Don Gabriel Puella Fernández, Contador del crucero, cuyo cadáver fué encontrado al lado de la caja de caudales del *Sánchez Barcáiztegui*.

MUNDO EXTRANJERO



A revista alemana *Die Gezenwart* publica, en uno de sus últimos números, un curiosísimo artículo de Paul Römer sobre los *simbolistas* franceses. El artículo se titula *Una nueva escuela literaria en Francia*.

Es la primera vez que se estudia en Alemania la nueva estética francesa, aunque su influencia se haya hecho sentir bastante en las letras alemanas. El análisis de Römer, es muy concienzudo, muy benévolo y contiene muy pocos errores.

Un estudio completo, en un artículo, sobre las recientes tendencias de los modernísimos literatos franceses, presentaba alguna dificultad, atendiendo á lo complicado del asunto, pero nin-

Su admiración va después de Mallarmé al malogrado Jules Laforgue. Compara el tono de las *Moralités legendaires* al del pintor suizo Boccklin, pero haciendo resaltar el ligero matiz irónico que recuerda á Heine. Da un juicio teórico bastante exacto sobre Gustavo Kahn. La omisión sensible de Ch. Morice, de Vanoir y de otros le ha simplificado mucho su trabajo.

Citaré, para concluir, una distinción hecha por Römer, que me parece y parecerá á los lectores de EL FIGARO, bastante ingeniosa:

«El individualismo que predica Kahn y que forma como el nudo de la profesión de fe *simbolista*, puede ser doble. Aun en el dominio de la más pura subjetividad, hay un medio nuevo de separar lo objetivo de lo subjetivo. El individualismo subjetivo percibe por medio de su sensibilidad y su fantasía; es lírico, místico, fantástico, representa la forma primitiva-natural por la cual



Grupo de la dotación subalterna superviviente del *Sánchez Barcáiztegui*.

gún cronista parisién se ha penetrado nunca tanto de esa materia como el eminente escritor alemán.

Después de hacer, en pocas líneas, la historia de la Escuela, dejando á un lado las producciones de Bajú «un genio á quien le falta talento» y de los que le siguen, Römer presenta á sus lectores los Maestros: Paul Verlaine y Stephane Mallarmé. La opinión que sobre este último tiene Römer, merece ser citada:

«La impresión que recibe el lector de Mallarmé es una impresión puramente lírica, como la que produce la música; es decir, que permite al que la oye, que no percibe sentido preciso y definido, poner en lo que oye su propia sensibilidad, su propia subjetividad. Esto explica la fuerza atractiva de Mallarmé sobre una parte de la juventud francesa. La nueva generación es subjetiva como sus representantes; una obra de arte le procura un goce tanto mayor, cuanto que deja libre curso á la imaginación subjetiva de cada uno; cuanto más mística es, menos obliga á una comprensión objetivamente definida. Psicológicamente, se debe hacer subir á las mismas frentes la admiración de los *simbolistas* por Ricardo Wagner y su culto por Stephane Mallarmé.»

Römer analiza enseguida las obras de algunos jóvenes talentos.

se manifestaba entre los románticos y se halla en todas las naturalezas de temperamento puramente poético. En cambio, el individualismo objetivo, muestra procedimientos científicos; es analítico, psicológico, se coloca fuera del Yo y lo estudia friamente, como extraño á él, como una máquina de la cual quisiera descomponer los rodajes. Esta segunda forma, más moderna, siendo más científica, ocupa un mínimo espacio en el movimiento *simbolista*».

El crítico alemán considera á Barsés como el representante de esta última corriente. Este punto de vista es muy discutible, pero el espacio de que dispongo me impide el criticarlo.

La exposición de la técnica del verso y la nomenclatura de algunos nombres terminan el artículo.

Römer no cree en el triunfo del *simbolismo* como tendencia de arte general. Según él, esta escuela se manifiesta en un período de transición. ¿De qué altura será la literatura idealista del porvenir? ¿Llegará alguna vez á penetrarse y armonizarse con las dos tendencias omnipotentes de este siglo: la Ciencia y la Democracia?

Una página triste

LA MUERTE DE ANDRES CHENIER

(De Alfredo de Vigny)

ERA una tarde muy pesada. Mientras más se ocultaba el sol detrás de los árboles entre nubes densas y azuladas, al hundirse en su ocaso, más rayos oblicuos lanzaba sobre los rojos gorros y los negros sombreros; lúgubres esplendores que prestaban á aquella multitud agitada el sombrío aspecto de un mar obscuro salpicado de manchas de sangre. La confusa vocería llegaba á mis altas ventanas como el rumor de las olas del oceano, completando esta sombría ilusión el bramido sordo y lejano del trueno. Los murmullos crecieron de repente, de un modo prodigioso y observé que todas las cabezas y los brazos se volvían hacia los *boulevards* que yo no alcanzaba á distinguir. Algo de allí venía, excitaba los gritos, el movimiento y la lucha. Por más que inclinaba mi cuerpo sobre el alféizar, nada lograba descubrir y, sin embargo, los alaridos no cesaban de redoblar.

La algazara crecía por instantes y un ruido extraordinario resonaba en la plaza como el estampido de los cañones entre el estruendo de la fusilería. Una oleada inmensa de hombres, armados de picos invadió el vasto mar del pueblo desarmado, que se apretaba en la explanada, y columbré al fin la causa del siniestro tumulto.

Prodújolo una carreta; pero era una carreta pintada de rojo y cargada con más de ochenta cuerpos vivos.

Hallábanse todos en pie y apretábanse fuertemente los unos contra los otros. Era aquello un verdadero haz de estaturas y de edades. Tenían todos descubiertas sus cabezas y distinguíanse cabellos blancos, cabezas calvas, cabecitas rubias; trajes blancos, vestidos de aldeanos, de oficiales, de sacerdotes y de burgueses; hasta ví á dos mujeres con sus niños al pecho á los que alimentaban en aquel último momento como para legar á sus hijos toda la sangre y toda la vida que se les iba á arrebatar. A esto se llamaba una *hornada*.

La carga era tan pesada que no podían arrastrarla tres caballos. Por otra parte, y esto era la causa principal del estrépito, á cada paso se detenía el carruaje lanzando el pueblo espantosos alaridos. Retrocedían los caballos, y la carreta estaba como bloqueada. Entonces, por encima de sus guardias, los condenados extendían los brazos á sus nmigos.

Hubiérase dicho que era una barca demasiado cargada que iba á naufragar, y cuya salvación se intentaba desde la orilla. A cada acometimiento de los gendarmes y de los *sans culottes* para marchar hacia adelante prorrumpía el pueblo en un inmenso grito y rechazaba el cortejo con pechos y espaldas; é interponiendo ante aquella sentencia su tardio y terrible *veto*, exclamaba con voz estentórea, confusa y creciente, que venía á la vez del Sena, de los puentes, de los barrios, de las avenidas, de los árboles y hasta de las piedras: *no, no, no!*

A cada una de estas grandes marejadas humanas balanceábase la carreta sobre sus ruedas como un buque sobre sus anclas y parecía que era levantada en peso con toda su enorme carga, temiendo yo verla volcarse de un momento á otro. Mi corazón latía con violencia. Inclinábame hasta la cintura fuera de la ventana, aturdido y verdaderamente fascinado ante la horrible grandeza de aquel espectáculo. No respiraba: mi alma y mi vida estaban concretadas en mis ojos.

Parecíame en mi exaltación que el cielo y la tierra tomaban parte, como actores, en aquel sangriento drama. De cuando en cuando se escapaba de las nubes un cárdeno relámpago como una señal. El negro frontispicio de Las Tullerías tomaba un tinte rojizo y los árboles de las dos grandes alamedas se doblaban con violencia hacia atrás como poseídos de horror. Gemía el pueblo entonces y, después de su gran voz, retumbaba tristemente la que salía de las nubes.

LA CATASTROFE DEL SANCHEZ BARCAIZTEGUI

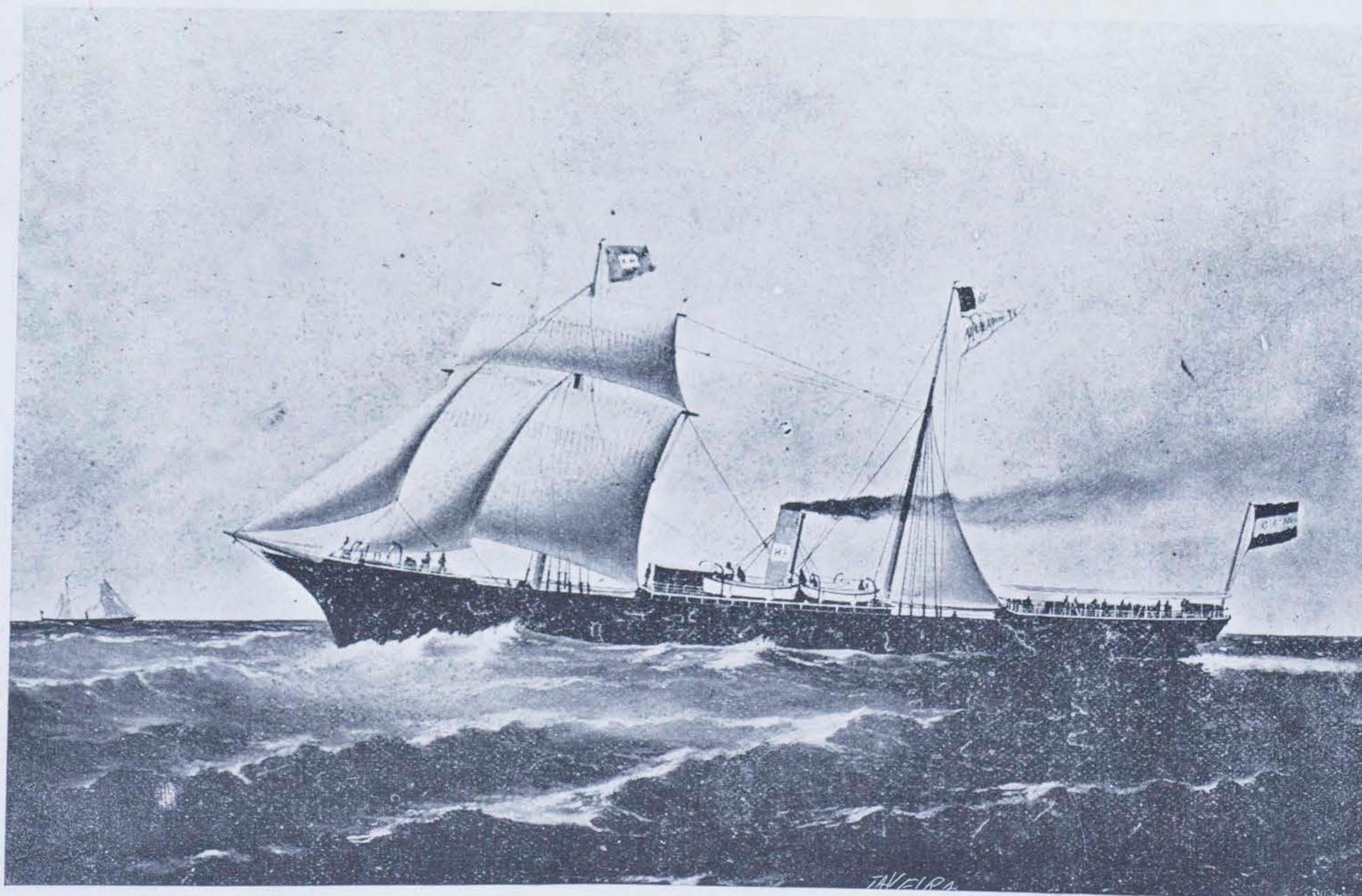


LA CATASTROFE DEL SANCHEZ BARCAIZTEGUI

El Capitán del «Mortera», D. José Viñolas.

Comenzaba la noche á tender sus sombras y las de la tempestad venían á precederla. Una polvareda espantosa volaba por encima de todas las cabezas y borraba á cada momento aquel cuadro de mi vista. Sin embargo, yo no podía separar un instante mis ojos de aquella zamarreada carreta. Tendíale mis brazos y lanzaba estériles voces invocando al pueblo y gritándole:—¡valor! Enseguida elevaba mis ojos y esperaba que el cielo hiciese algo.

La carreta seguía siempre paso á paso, con lentitud, embarazada, interrumpida, pero ¡ay!.... avanzando siempre. Crecía por momentos el número de soldados que la rodeaban, brillando entre la Guillotina y la Libertad una gran masa de bayonetas. Aquel parecía ser el puerto donde se esperaba la barca fatal; el pueblo, cansado ya de sangre, se enardecía y murmuraba cada vez con más fuerza; pero obraba menos que al principio. Llenéme de espanto y sentí que mis dientes castañeteaban.



VAPOR MERCANTE «MORTERA.»

Había mirado ya en conjunto aquel inolvidable cuadro; mas para poder apreciar todos sus pormenores tomé un anteojo.

La carreta habíase alejado mucho de mí; pero, sin embargo, pude reconocer en ella á un hombre que vestía un traje gris y cuyas manos, no sé si atadas ó no, llevaba á la espalda: era sin duda, Andrés Chenier. Detúvose otra vez, todavía, la carreta y distinguí á un hombre con gorro colorado subir al tablado de la guillotina y arreglar el cesto.

Turbóse mi vista y aparté de ella el anteojo para limpiar su vidrio y mis lágrimas.

El aspecto general de la plaza cambiaba á medida que la lucha mudaba de terreno. Cada paso de los caballos parecía al pueblo una nueva derrota que sufría: sus alaridos eran menos airados y más dolorosos. Aumentaba sin cesar la multitud impidiendo el avance de la carreta más por su número que por su resistencia.

Volví á tomar mi anteojo y divisé á los desgraciados que dominaban con sus cuerpos las cabezas de la muchedumbre. Vi entre ellos á algunos pobres aldeanos pero no á las mujeres que temía encontrar allí.

Andrés Chenier hablaba, contemplando la puesta del Sol: uníose mi alma á la suya y, mientras mis ojos seguían de lejos el movimiento de sus labios, los míos murmuraban los últimos versos del poeta:

*Comme un dernier rayon, comme un dernier zéphire
Anime la fin d'un beau jour,
Au pied de l'échafaud, j'essai encore ma lyre,
Peut-être est-ce bientôt mon tour.*

De repente un movimiento brusco que hizo me obligó á contemplar la plaza en la que ya no resonaron más gritos.

Las agitaciones de la multitud empezaron á desocupar los lugares más atestados de gente, dividiéndose las masas en grupos, los grupos en familias y éstas en individuos. Notábanse carreras en el fondo de la plaza como para huir de una gran polvareda. Las mujeres cubrían sus cabezas y tapaban á sus hijos con las faldas de sus vestidos. Habíase extinguido toda la cólera..... Llovía.

El que conoce á París comprenderá perfectamente la verdad de esto. Mis ojos lo presenciaron entonces y más de una vez he tenido ocasión de observarlo después en circunstancias solemnes y graves.

A los tumultuosos rugidos, á los juramentos, á las desaforadas vociferaciones sucedieron quejumbrosos murmullos que parecían un siniestro adiós. La nación humillada, doblaba la espalda pasando, como un rebaño, entre una falsa estatua, una Libertad que no era más que la imagen de otra imagen, y un cadalso real teñido con su más preciosa sangre.

Los que se agitaban era porque, ó deseaban ver ó huir; pero ninguno quería impedir nada. Los verdugos aprovecharon aquel favorable momento. Aplacado el mar, la repugnante barca había llegado al puerto; y la guillotina levantó su brazo.

En este instante ni el eco de una voz ni el más ligero movimiento advirtiéndose en la plaza; sólo el chasquido monótono de una abundante lluvia.

Mis piernas se doblaron y caí de rodillas.

En tal actitud miraba y oía sin poder siquiera respirar. La transparencia de la lluvia me permitía distinguir el color del traje que aparecía entre los postes del patíbulo. Distinguía también un espacio blanquecino de cielo entre el brazo de la guillotina y el tajo y cuando una sombra llenaba este hueco, yo cerraba instantáneamente los ojos. Una espantosa exclamación de todos los espectadores me indicaba que podía volver á abrirlos.

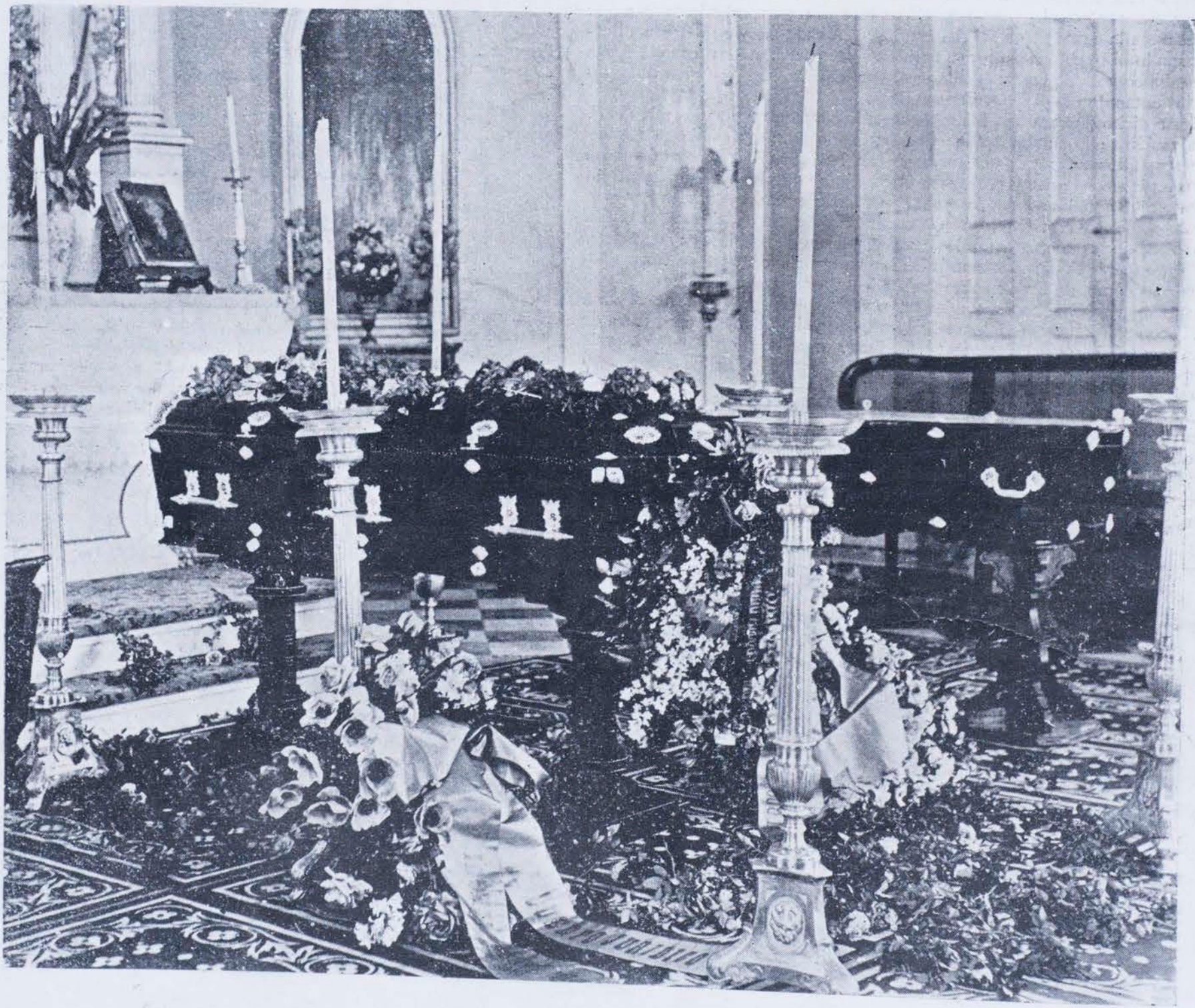
Treinta y dos veces bajé así la cabeza prorrumpiendo en una oración desesperada que jamás volverá á oírse y que sólo yo pude en aquellos momentos concebir.

Después del trigésimo tercer grito vi al hombre del traje gris en pie. Resolví entonces honrar todo el valor de su genio teniendo á mi vez el necesario valor de presenciar su muerte.

Rodó su cabeza, y *aquel algo* que en ella se encerraba se desvaneció entre su sangre.

FERNÁN SÁNCHEZ.

Septiembre, 95.



LA CATÁSTROFE DEL «SÁNCHEZ BARCAIZTEGUI».—Capilla ardiente en el Arsenal.

A NUESTROS LECTORES

DESEANDO completar en este número la información de la catástrofe del *Sánchez Barcaiztegui*, hemos retirado los grabados referentes al teatro de la guerra que teníamos dispuestos, y que insertaremos en los números sucesivos.

La falta de luz en estos últimos días de la semana y la necesidad de cerrar nuestra tirada el viernes por la tarde, nos ha impedido publicar los retratos del Ayundante del General Delgado Parejo señor Gastón, salvado milagrosamente de la catástrofe del *Sánchez Barcaiztegui* en un bote del *Mortera*, y del médico señor Martínez Díez, que pereció ahogado.

D. Manuel Lino Surí

MODA la prensa de la isla ha dedicado sentidas frases á la muerte del señor Licenciado D. Manuel Lino Surí, hijo ilustrado de Santa Clara, antiguo y reputadísimo abogado, Presidente que fué del Partido Autonomista en aquella capital, diputado provincial y correcto caballero.

Nosotros le conocimos y le estimamos personalmente, y comprendemos la gran pérdida que ha sido para su familia.

Entre sus dolientes, á los que enviamos nuestro expresivo pésame, se encuentra su esposa, la distinguida señora Da Rafaela Pichardo, hermana del Director de EL FIGARO.

La playa de San Francisco

TENÍA la oficina precisamente en la playa de San Francisco, con pequeños balcones que caían á la playa por un lado y por otro á una calleja que moría en la orilla del río. Frente, por el costado de la playa, allá á lo lejos se veían las puertas y ventanas de las casas y colgantes de aquellas pequeñas bombas del alumbrado eléctrico. Las ventanas de madera con sus balaustres gruesos y torneados semejaban enormes jaulas donde la gente menuda, fuera de peligros, se entretenía viendo pasar algún que otro transeúnte. Cerca, hacia la izquierda, un caserón fuerte como un castillo, y á la derecha, veíase el amplio edificio de los Escolapios, colegio de San Francisco que dá nombre á la playa. En rigor, es una plazoleta por donde el agua lluvia corre á su antojo, buscando el río por la calleja. Por entre los trillos, hechos por la chiquillería estudiantil al diseminarse á la salida del colegio, crece yerba menuda que se doblga al impulso de las aguas torrenciales, irguiéndose después más verdes y lozanas cuando pasa el turbión. Es solitaria la playa. De noche la banda de mú-

Obscurece. Mágicamente préndese la luz del alumbrado eléctrico en los farolillos de la plaza y empieza á oírse el monótono concierto de los sapos.

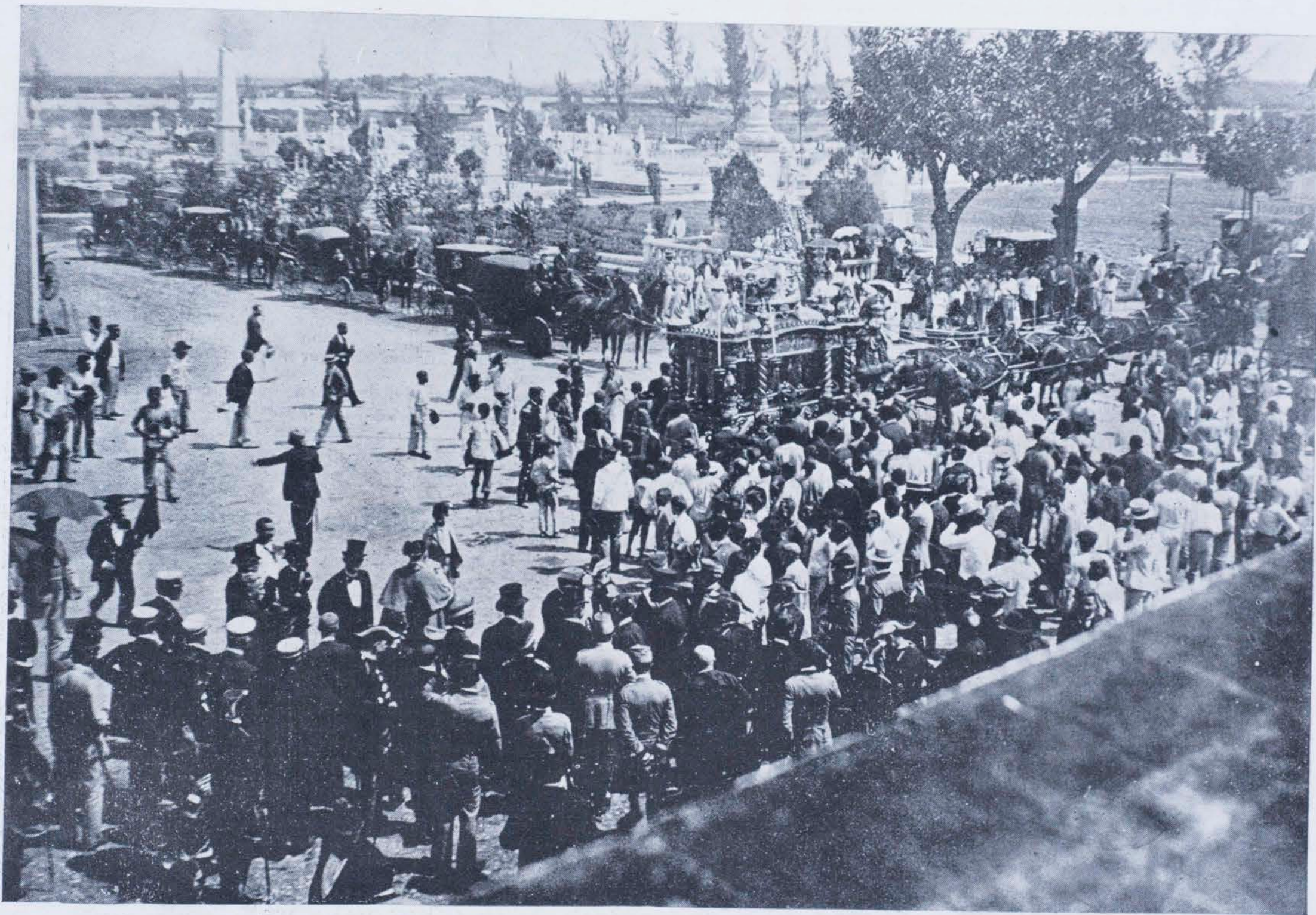
Entra por los balcones aire vivificante y embalsamado. Nos trae un olor moderado de madre selva y se oye cantar á la chicharra sin hacer provisiones allá para el invierno.

Alarma un pitazo agudo y prolongado. El sereno canta á todo pulmón las diez y media. Durmamos antes que cante las once...

Amanece. Se conoce que es día de fiesta. Desde temprano la campana alegre y retozona juguetea en el campanario de San Francisco.

Cruzan á caballo los lecheros repartiendo botellas y botijas y se oye el pregón triste y quejumbroso del *yerbatero*. A poco se le ve en su carreta echado sobre la fresca yerba de guinea.

El templo católico está abierto y poco á poco va llenándose de fieles que van á implorar al Supremo evite desgracias que se presienten.



LA CATÁSTROFE DEL «SÁNCHEZ BARCÁIZTEGUD»
Llegada del entierro del General Delgado Parejo al Cementerio de Colón

sica se reúne allí, debajo de los balcones de la oficina, y pasa triunfalmente ejecutando una marcha por debajo del palacio del Gobierno hasta la plaza de armas, donde se reúne la flor camagüeyana. Uno de los pequeños balcones me sirve de observatorio. Extiendo la vista sobre los tejados de las casas que se pierden en el horizonte ó me extasio oyendo á la vecina arrancar al piano melodías que me son conocidas. Se despierta en mí el recuerdo de la Habana acabada de dejar y miro distraidamente la silueta de los padres escolapios. Es por la tarde y acaba de llover. La chiquillería sale del colegio alegremente y desaparecen en pequeños grupos por las bocacalles. Queda la playa desierta. El sol refleja sus últimos rayos en el agua turbia del arroyo y la campana de San Francisco voltea lentamente.

Una familia pasa por la playa improvisando puentes con las piedras.

Se oye el grito estridente del vendedor de helados y á poco se le ve desembocar sobre su caballo cargado del serón donde trae embutidas las sorbeteras.

Vése inusitado movimiento, grupo de gentes que se agranda atravesando diagonalmente la playa. Amarrado á una carreta y en la parte más alta de la misma, un campesino implora compasión, se excusa de un crimen de que se le acusa, se defiende y llora. Detrás, cómo fiscal implacable, un niño de trece años le sigue á caballo, con la camisa manchada de sangre que brota á cada momento de la herida, y á poca distancia, custodiando al preso, agentes de la autoridad seguidos por el pueblo.

Se aleja la caravana. Salen los fieles del templo.

Se ven rostros amables y satisfechos como el de aquel que cumple con Dios y su conciencia.

Los padres se asoman á la puerta de la iglesia á ver el desfile distraidamente, mientras llega la hora sagrada del almuerzo y queda la playa desierta.

WEN GALVEZ.

Puerto Príncipe, Junio del 95.

BIBLIOGRAFIA

Hojas de Otoño, por A. Corzo.

Nuestro distinguido amigo, el ilustrado hombre público y escritor, Sr. D. Antonio Corzo, publicará en breve, con el título *Hojas de Otoño*, una colección de artículos y opúsculos literarios, precedida de un prólogo de D. Rafael Montoro, y dedicada al señor D. Antonio Quesada.

El señor Corzo ha publicado un notable prospecto, en el que justifica, de manera elocuente, la aparición de su libro.

Las *Hojas de Otoño* formarán un volumen de unas 400 páginas en 8º. Su precio de venta será de 10 pesetas en plata.

Podrá, sin embargo, adquirirse *por suscripción* con una rebaja del 25 por ciento, remitiendo el importe adelantado al autor (Aguacate, 122). La edición quedará terminada en todo el mes de Octubre próximo, é inmediatamente se distribuirá entre los señores suscriptores, cuyos nombres aparecerán en la lista de *protectores de la edición* que se insertará al final del tomo.

Deseamos al señor Corzo un éxito literario y de venta.

Los Españoles en el Perú, conferencia pronunciada por D. Javier Acevedo en el «Centro de la Juventud Constitucional» de Cienfuegos, en la noche del 10 de Septiembre de 1895.

Nuestro querido amigo particular, Sr. Acevedo, nos ha obsequiado con un ejemplar del bonito folleto en que ha publicado su aplaudida conferencia.

Agradecemos su exquisita atención y le ofrecemos leer detenidamente su bien escrito trabajo.

El folleto está impreso con esmero en la imprenta de EL FIGARO, y se vende en las oficinas de *La Unión Constitucional*.

Versos, por José Luis Prado.—Matanzas.—1895.

Este distinguido escritor también nos ha enviado el libro que contiene sus poesías, las que serán juzgadas en las columnas de EL FIGARO por pluma competente.

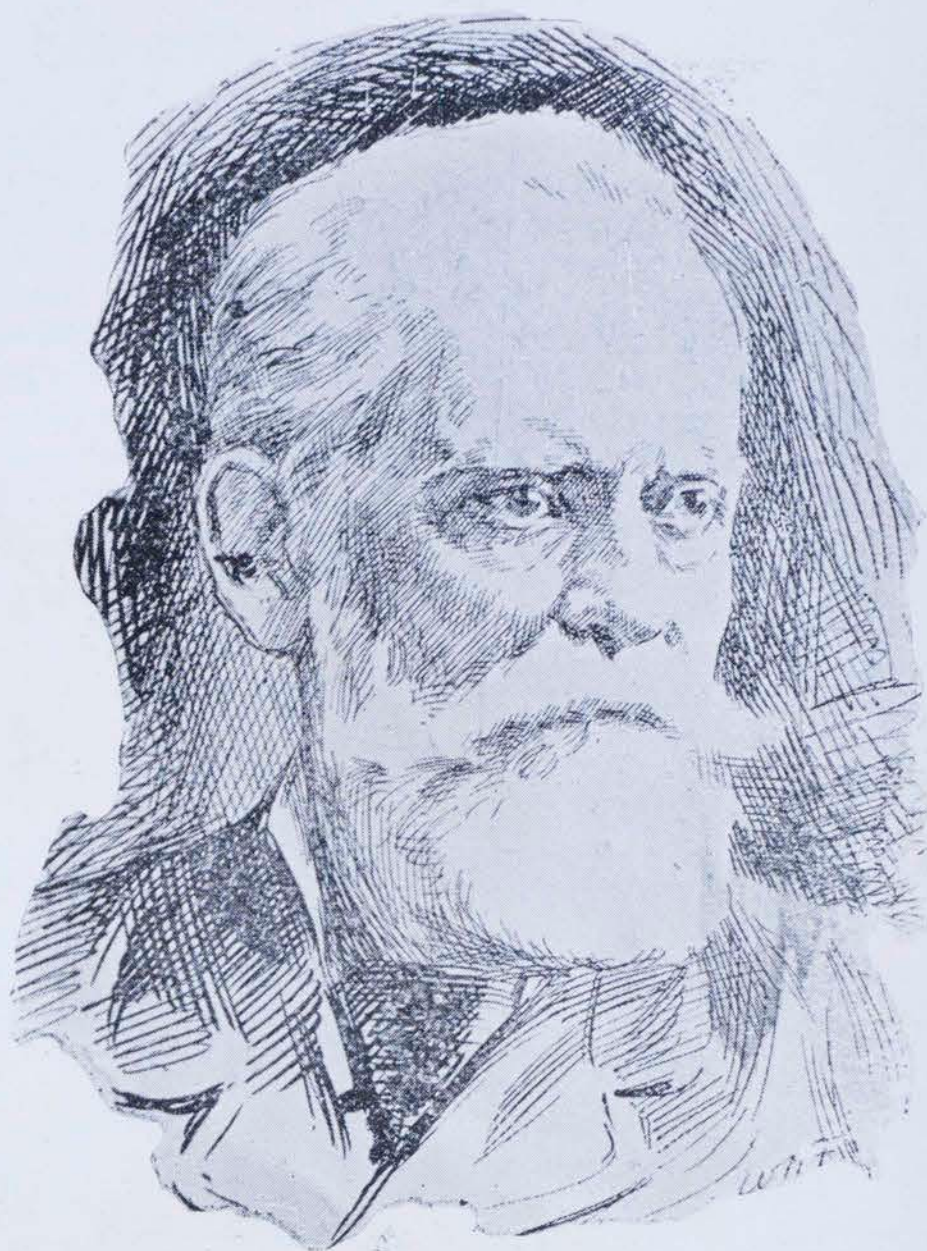
Consta el volumen de los *Versos* de Prado de 139 páginas, bien impresas, y lleva el retrato del autor.

Reciba éste gracias por su fina dedicatoria.

Libros de texto.

El señor López, dueño de *La Moderna Poesía*, ha recibido profusión de libros de texto en la Universidad, el Instituto y las escuelas públicas. Son ediciones magníficamente impresas y empastadas, como no las tiene casa alguna librería, y las vende el señor López á precios también sin competencia.

La Moderna Poesía es tan popular, que es innecesario decir que se encuentra en la calle del Obispo número 135.



MAXIMO MORA

Una actualidad indiscutible tiene en estos momentos el retrato del Sr. Máximo Mora, que ha dado nombre á la famosa «Indemnización Mora», por la que acaba de pagar nuestra nación millón y medio de pesos.

Al señor Mora le han tocado, después de pagar á sus acreedores, gastos de abogado, corredores, etc., etc., unos 700,000 pesos.

ALBUM FEMENINO

Dulce María Mendive

Ha dicho un sabio autor que son los ojos el espejo más limpio del alma; los que reflejan íntimos secretos, los que emociones íntimas delatan, los que pregonan la verdad sincera, los que expresan desdén ó amor irradian.

Los ojos son la vida y aletea en el brillo fugaz de una mirada, mientras la juventud con sus encantos dá al espíritu aliento; mientras cantan el mar azul y la arboleda umbría sus canciones de amores sin palabras.

Por la misma razón, Dulce María, en tus ojos se mezclan y batallan, con los rayos de luz del pensamiento que horizontes sin fin buscan y abarcan, anhelos que se sueñan y aparecen entre dulces reflejos de esperanza, como ésa suave claridad que llega al despertar la aurora en la mañana.

Es griego tu perfil y en la blancura transparente y hermosa de tu cara, la negrura imponente de tus ojos cual un cuervo entre nieves se destaca.

Y es negro tu cabello ensortijado, negras tus cejas, negras tus pestañas, y con círculo negro y elegante, ciñes la nitidez de tu garganta, para encerrar en negras hermosuras, hermosuras espléndidas y blancas.

Junto á tu boca fresca, un lunar negro que loco de emoción pensó besarla, se quedó allí extasiado contemplando en labios de coral perlas en sartas.

Yo sé que de esa boca peregrina, como arpegio de pájaro que canta, en libertad los versos de los vates se escuchan, se deslizan y se escapan.

Feliz podré llamarme si algún día la fortuna, hoy adversa, me depara oír mis versos de tu linda boca para morir después en dulce calma.

ALFREDO BERTEMATI.



CRÓNICA



H

ASTA la página del semanario, llegue hasta el lugar en que se relatan los sucesos del mundo habanero, el eco de la gran solemnidad religiosa con que se ha festejado este año a Nuestra Señora de la Merced, en la severa y artística iglesia de su nombre.

A la espléndida salve del lunes, sucedió la fiesta, la grandiosa fiesta del martes. En una y otra ceremonia, el elegante templo de la Merced se vio invadido por una extraordinaria concurrencia de fieles, entre la cual resplandecía un numeroso contingente de familias de nuestra sociedad más distinguida, como para patentizar el fervoroso culto que se guarda en esta ciudad hacia la milagrosa abogada que oculta entre los pliegues del hábito blanco las gratitudes con que la plegaria de muchos labios ha hecho expresivo el recuerdo de muchos corazones.

Parte principal en la brillantez de esta fiestas, tienen las respetables Sras. Da María de Jesús Montalvo viuda de Montalvo y su hermana Da Concepción Montalvo viuda de Lombillo, que siguiendo piadosamente una antigua devoción se encargan todos los años de organizar los tributos a la virgen de la Merced, vistiéndola con las telas más ricas y prendiéndola con las alhajas más valiosas, para que se destaque, entre gasas, entre luces y entre flores en el hermoso trono que hoy EL FIGARO presenta en su plana de honor a sus lectores.

El cronista cede por un momento a las diarias frivolidades y señala lo consolador que es, en medio de las desgracias y quebrantos de una sociedad, que el espíritu cristiano esté tan profundamente arraigado que sea sólo el templo el lugar seguro de encontrar a un incontable número de familias que ya no se ve en los teatros, en los salones y en los paseos.

Yo así lo advertía en la grandiosa ceremonia cuando mi vista se paseaba por aquel oleaje de cabezas inclinadas ante la alba imagen. No me abstraía místicamente—he de confesarlo—porque algo había allí, entre aquel enjambre, cuya presencia no permite, no puede permitir jamás la paz de mi espíritu.

Era ella, la que en vano busco entre el brillo de los salones, entre el bullicio de las fiestas, porque mi adorada incógnita vive en la doble y amada soledad de su hogar y de mi alma.

Miguel Angel Cabello y Malpica es un jovencito muy simpático, á quien podéis ver todas las tardes en la sala del *Unión Club*, recibiendo lecciones de armas del distinguido *maitre* Pepe Martínez Oliva.

Pero Miguel Angel no será solamente un *sportman*. Para algo han de servirle los consejos y ejemplos de su culto y distinguido padre, y así lo acaba de probar examinándose, de brillante manera, para el ingreso en los estudios de segunda enseñanza.

Su protesor, el conocido caballero y director del colegio *San Francisco de Paula*, Sr. Claudio Martínez, debe estar plenamente satisfecho de tan aprovechado discípulo, lo propio que sus amables padres, á quienes envís mi felicitación más afectuosa.

Elocuente tributo de recuerdo acaba de rendir el pueblo de Casa Blanca celebrando, con gran pompa y lucimiento, los funerales de su inolvidable benefactor el señor don Pablo Gámiz y Zulueta.

El señor Gámiz ocupaba una posición muy envidiable en la sociedad habanera cuando una penosa y aguda enfermedad tronchó violentamente su existencia á poco de haber marchado á la Península en el verano del año próximo pasado.

Casa Blanca le debe gran parte de su actual prosperidad. Allí está, para patentizarlo, entre otras cosas, el brillante cuerpo de bomberos fundado por su iniciativa y para el cual donó la bomba—que lleva su nombre—, el carretel, que lleva el de su respetable viuda la Sra. María Ulzurún, y el carro de auxilios que ostenta el de su hijo único *Pablito*. Los funerales revistieron la pompa que era de esperarse, habiendo

asistido una selecta representación del comercio y de la sociedad de la Habana.

Los muros interiores del templo desaparecían bajo las colgaduras de luto y en el centro de la nave se elevaba un hermoso catafalco, preciosamente adornado, y al cual daba guardia de honor una sección de obreros de Casa Blanca.

Presidían los funerales el distinguido joven Sr. Eduardo Ulzurún, que asistía en representación de su hermana, la señora viuda de Gámiz, ausente en Francia, el Sr. Francisco de los Santos Guzmán y el señor Valentin Salazar.

Muy interesante y muy concurrida ha sido la ceremonia con que se inauguró el martes, día de las Mercedes, el departamento de obreros de la Real Casa de Beneficencia y Maternidad.

Construcción que encierra ventajas incalculables y que es un nuevo y poderoso dato en favor de la inteligente, celosa é irremplazable gestión del Sr. Cornelio Coppinger al frente de tan piadoso establecimiento.

A la solemnidad religiosa con que se celebró dicha apertura, acudió una numerosísima representación de la buena sociedad habanera, compuesta, en su mayoría, de las damas más conocidas y estimadas en nuestros círculos distinguidos.



SEÑORITA ALTAGRACIA PRIETO

Es una de las damitas más interesantes de nuestro mundo joven. Su belleza seduce por la placidez de su perfección y por la dulzura de su alma hecha para los goces puros.

EL FIGARO se siente orgulloso al presentarla en sus páginas y escoge las más fragantes flores de su admiración para arrojarlos á sus pies.

Comenzará á las 5, y tocará la Hasta mañana.

Damos la más cordial bienvenida al distinguido joven D. Juan Orozco, teniente de Húsares, que acaba de venir de Madrid, voluntario á la guerra de Cuba.

El señor Orozco está enlazado con estimadas familias de la Habana, entre ellas, la del señor Giberga.

Una fatal noticia que ha traído el cable: el suicidio del General de División D. Francisco Osorio, en Barcelona.

Era este caballeroso militar muy querido entre nosotros, donde residió algún tiempo con su familia.

EL FIGARO envía á ésta su sentido pésame.

Se nos ha invitado para el concierto que á beneficio de los señores Ramiro Mazorra y Andres Díaz Palacios, se verificará el sábado 5 de Octubre en el Salon López.

El programa es muy selecto.

De París ha retornado, por la vía americana, á bordo del *Seguranca*, una *couturière* cuyo gusto, *chic* y elegancia la han puesto en primera línea entre nuestras modistas francesas.

Me refiero á Louise Chenaille, cuyos talleres se encuentran, como es sabido, en O'Reilly 59.

Mme. Chenaille trae de París la última expresión de la moda.

El *carpet* de este domingo:

—La *matinée* de la playa, despedida de la temporada.

—La *retreta* en el Parque Carranza, por la tarde.

El abanico que se rifará entre las damas y damitas que asistan á la *matinée* es un obsequio delicadísimo de *La Especial*.

El jueves de la anterior semana desapareció el encanto de los esposos Olazábal, precioso niño Aurelio. El *Bebilo*, como cariñosamente le nombraban, subió al cielo víctima de una fiebre infecciosa que corrió rápidamente su existencia.

Su entierro fué la demostración más afectuosa de las simpatías con que cuentan sus padres, á los que sinceramente me asocio en el dolor que les aflige.

Mañana domingo, si no llueve, llegán tropas ó ocurre otra catástrofe, como dice un compañero, se verificará las dos veces suspendida *retreta* en el Parque Carranza, del Vedado.

A mí me consta que esta vez superará á las anteriores, con todo de haber sido brillantes.

Nos prometemos una tarde espléndida, y una *retreta* deliciosa, que se verá favorecida por lo mejor de la sociedad habanera. Banda de *Santa Cecilia*.

Dos desgracias consecutivas acaban de entenebrecer un hogar donde antes radiaba la luz de la felicidad y de la esperanza. Ese hogar es el de los estimados esposos Maribona y Peraza. Esas desgracias han sido la muerte dolorosa de sus hijos adorados María Luisa y Ricardo, ella, hermosa joven de 20 años, él, inteligente galán de 18. No habían transcurrido seis meses del fallecimiento de la bella niña, cuando una tisis galopante, como rayo fatal, destruyó la existencia del joven estudiante. Cuando iba á investirse de Bachiller, cuando era el mimado de sus padres, los que en sus ojos se veían, y el mundo y la vida ensanchábanse ante él con perspectivas sonrientes y triunfadoras, el Destino le sumergió en la noche, de cuya honda oscuridad no se vuelve.

Era el joven Ricardo modelo de buenos hijos, otra razón para que sea doblemente inconsolable y triste la desesperación de sus padres, quienes agotaron todos los recursos por ver si recobraba su lozanía la gallarda flor que se ha marchitado. En el hogar de los señores Maribona y Peraza, hoy todo es luto, tristeza y lágrimas.

Lleguen á ellos nuestras frases de consuelo, y hayan encontrado María Luisa y Ricardo, la pareja por siempre llorada, en esa vida ignota de la eternidad, la dicha á que eran acreedores en la tierra.

* *

Una frase para definir la función del domingo en el teatro de Marianao:

—Es la fiesta más bouita que se ha celebrado en todo el verano. Yo asistí, haciendo el viaje por la calzada en compañía de un amigo muy querido mío, el simpático joven Jacinto Sotolongo. Era un paseo que servía de poderoso estímulo para pasar horas tan agradables como las que efectivamente pasé en el teatro de Marianao.

Nada más delicioso en estas cálidas noches que ese viaje á través de una pintoresca calzada, á trechos interrumpida por los varios pueblecillos asentados en el camino desde la capital hasta el «pueblo del pocito».

Un *costumbrista* al estilo de Pereda, sentiría afluir la inspiración en su espíritu ante la deliciosa contemplación de ese solitario y poético paraje que se llama las Puentes, y quizás si un atildado como *Pierre Loti* comparase los *cottages* de sus cuentos con algunas de esas preciosas quintas de la Ceiba ó los Quemados y que se descubren al paso dejando siempre en el ánimo el efecto delicioso de mansiones de refinados.

La función tenía asegurado el hermoso éxito que registra hoy la crónica con sólo los precedentes de estar destinados sus productos á los pobres de Marianao y con el de estar patrocinada y organizada por familias muy distinguidas.

Cuando llegué al teatro cantaba la señorita María Teresa Santacana el *Ritorna Vincitor* de la ópera *Aida*. Muy afortunada estuvo la joven y graciosa cantante, porque ha sido una de las noches que su voz ha estado más al servicio del gusto y del arte. Ella fué aplaudida, como aplaudidos lo fueron el Sr. Rigal, en la *Siciliana* de *Cavalleria Rusticana*, y el Sr. Ramón Rivero, en una romanza para barítono, del maestro Faure.

Fué levantado el telón y empezó á representarse una de las zarzuelas más regocijadas y divertidas de Vital Aza: *Sueño dorado*.

En esa obrita estuvieron inimitables las señoritas Enriqueta Valdés Fauly, Mercedes Morán y María Rodríguez Navarrete. Difícil es señalar una superioridad porque todas se condujeron admirablemente; si graciosa estuvo Enriqueta en su papel de Basilisa, no lo estuvo menos Mercedes en el de Prudencia; y cuanto á María Rodríguez hizo una Micaela muy picaresca, que hizo desternillar de risa con esos donosos chistes que el ingenio de Vital ha puesto en labios de esa *criadita*, nunca mejor encomendada ni mejor enaltecida en escena alguna.

Ese *Sueño dorado* hecho por las señoritas Morán, Valdés Fauly y Rodríguez Navarrete, enorgullecería al mismo autor de *El sombrero de copa*. ¡Qué satisfacción hubiera sido para Vital Aza ver interpretada la modesta Prudencia de su comedia por una damita tan distinguida como Mercedes Morán! Esa monísima trigueñita estuvo lo más inspirada del mundo en su difícil papel de una niña enamorada que se cree consentida en sus amores por la equivocada ambición de sus padres.

Respecto á los jóvenes Eugenio Silva, Raymundo Castro y Eduardo Echarte, no habrá para ellos hoy más que elogios como no hubo más que aplausos en esa noche. *Mundito* Castro, el desdichado gago y cojo Saturnino de la comedia, no pudo haber estado mejor. Aplaudidísimo.

Al clou de la noche, á lo más esperado de esa fiesta, llegó su turno. Me refiero al coro de *La Cruz Blanca*.

Al levantarse la cortina, surgió ante los ojos—como surge ante el

alma una visión hechicera—un grupo encantador de señoritas alineadas sobre la escena.

No vestían de bateleras, como en la zarzuela. ¿Para qué?—Más lindas y más adorables estaban así, con sencillas y elegantes *toilettes*, prendiendo todas en el pecho primorosas guirnalas.

Cada una de las señoritas del coro alzaba en la diestra una copa en actitud de brindar; copas que chocaban al compás de la música ligera, fácil y graciosa de aquel divino coro que fué repetido dos, tres, cuatro veces entre verdaderas tempestades de aplausos, cubierta ya la escena de ramos, *bouquets*, cintas y palomas.

—¿Quiénes formaban el coro? Una primorosa constelación de damitas. Un conjunto de *demoiselles* en que brillaba la juventud, la alegría, la belleza, la gracia, como que allí aparecían María Ruiz—la delicada trigueñita, la gentil hermana de la interesante Juanita—, *Lo-ló* Valdés Fauli—que ya esa noche había sido muy aplaudida en la Adela de la comedia *El Sonámbulo*—, las graciosas hermanas Emma y Conchita Finlay, Mercedes Morán, Rosa Blanca de Cárdenas, *Chépita* Rodríguez—una figurita encantadora—, María Teresa Santacana, la espiritual rubita *Nica* Martínez, Josefita Echarte, las tres simpáticas hermanitas María Luisa, Margarita y Cora Govín, María Ordóñez—la ideal niña—, María Rodríguez Navarrete, Consuelo y Fidelia García y la celebrada Irene Ferrán.

Un aplauso—en párrafo aparte—para el profesor señor Palau. Su entusiasta é inteligente cooperación en esta fiesta le ha valido las mayores y más justas alabanzas.

Las señoritas del coro fueron obsequiadas con lindos *bouquets* por la comisión organizadora, y gran número de las flores que como una lluvia cayeron sobre el proscenio procedían de *Villa-Julia*, el nido de rosas de Marianao.

* *

Este año como siempre se ha representado en el célebre teatro de *Bayreuth* una serie de óperas del inmortal *Ricardo Wagner* estando los papeles principales á cargo de los artistas más eminentes y dedicados exclusivamente á la difícil representación de las óperas de *Wagner*.

Se dió principio á la fiesta teatral con la grandiosa ópera *El Parzival*, siendo ejecutada con aquella admirable perfección que ha dejado eco en todo el mundo.

El entusiasmo por la música de *El Parzival* se ha propagado por el orbe y á él le debe su nombre el producto más noble del célebre perfumista Sr. D. Wm. Rieger *Frankfurt*, quien bautizó con el nombre de *Parzival* la perfumería que tanto y en tan corto tiempo se ha hecho popular en esta *Isla*.

El Sr. D. Wm. Rieger fabricante de la perfumería *Parzival*, es proveedor de las Reales Cortes de España, Italia y Portugal. Sus productos han sido premiados en todas las exposiciones y últimamente en la de *Chicago* con la medalla de oro y el diploma siguiente:

«Por el más alto grado y superior excelencia de las preparaciones exhibidas; por la delicadeza y permanencia del perfume; por el elegante estilo y la belleza con que han sido presentadas.»

* *

Para festejar los días de la graciosa señorita Mercedes Cadaval, se celebró el martes una pequeña *soirée* en los salones de la preciosa quinta del Tulipán, en aquella deliciosa casa de la joven y bella señora Serafina Cadaval de Alfonso.

Yo reproduciría en esta crónica mis párrafos de *La Habana Elegante* sobre el arreglo y decorado de la linda residencia de la familia Cadaval. Pero describir nuevamente esos salones ó copiar lo que ya está dicho, quizás si sea innecesario en una sociedad donde con tan buenas relaciones cuenta esa distinguida familia y donde tan bien sentada tiene su fama de hombre de gusto y de *esprit* el señor don Emilio Alfonso.

Mercedes debe haber quedado muy complacida de su fiesta onomástica, toda vez que ella dió ocasión para que se reunieran señoritas tan bellas y tan distinguidas como Nena Zayas—que lucía en esa *soirée* un traje de una blancura tan inmaculada como la blancura de su cutis—, Lily Casuso, *Petite* Forcade, Nena Arcilla, Consuelito de Cárdenas—inspiradora como una balada de Heine—, Silvia Moliner—la graciosísima damita del Cerro—, *Pepa* de Cárdenas, Guillermina Portela, Hortensia Delgado y la siempre admirable y admirada Conchita Porto, la ideal señorita que tiene el privilegio de concentrar todas las pasiones siempre que se presenta en un salón.

Las señoras. Un grupo de la más alta distinción: la Marquesa de Larrinaga y su hermana la Sra. Herminia Navarrete de Ecay, Conchita O'Farrill de Santos Guzmán, María Antonia O'Farrill de Zayas, Concepción Vendrell de Porto, Serafina Moliner de Jorrín, Mercedes García Barbón de Arcilla y la Sra. Herrera de Cárdenas.

ENRIQUE FONTANILLS.

Los regalos de "El Figaro"

Los correspondientes al mes de Agosto se efectuaron por el sorteo del 17 del actual, habiendo correspondido en suerte el magnífico escaparate de lunas biceladas, á la suscriptora de la Habana, doña Eulalia Campos.

Las siete máquinas de coser tocaron á los señores don Edelmiro Gonzalez, Srta. María Fabián, Joaquín Goyeneche y Teresa Tellez de Gaston, suscriptores de la Habana; y Narciso Eulate, de Campo Florido; Horacio Benemelis, de Sierra Morena,

y un suscriptor directo de Coralillo, que no había abonado su recibo.

Los objetos han sido entregados á los favorecidos, quienes nos han escrito cartas de agradecimiento y satisfacción.

Con el presente número de EL FIGARO recibirán nuestros abonados el 26 de la revista «Gran Moda», que, como se verá, viene cada día más llena de interés y amenidad.

